

ALEPH

número 9
(septiembre 1994)



Organizada con el apoyo del Fondo Nacional de la Investigación Científica de Bélgica (FNRS-NFWO) y de la Universitaire Instelling Antwerpen (U.I.A.)

INTERVENCION DE CARLOS MONSIVAIS

Para citar este artículo: Monsiváis, Carlos. "Intervención". *Literatura Mexicana de hoy*, número especial de *Aleph: Revista de Literatura Hispanoamericana*, no. 9, Ocampo, M. E. y Montalvo, Y. (eds.). 1994, pp.56-69. ISSN 1784-5114. Disponible en: http://ahbx.eu/ahbx/?page_id=7464

Voy a enumerar algunos puntos de lo que ha pasado a partir del 68 en la cultura mexicana, que por otra parte, creo que puede extenderse, en gran medida, al resto de América Latina. No hay ninguna jerarquía en lo que voy a decir, son sólo las anotaciones a que me llevaron los muy estimulantes discursos de la mañana.

Lo primero es que el 68, que desde luego es parte de un proceso que se inicia mucho antes, liquida el nacionalismo cultural que estaba ya bastante averiado. Se trataba de un nacionalismo que ya sólo se amparaba en fórmulas chauvinistas.

El 68 es por esencia, culturalmente hablando, un movimiento internacional y el nacionalismo cultural que ya es fórmula de los alcaldes y de esa especie de superalcalde que es el presidente de la república, se viene abajo y ya no se reconstruirá.

Otro punto muy importante que también es anterior al 68 es la destrucción del sistema de censura interna. Permanece la censura pública, resultado de la alianza entre el estado y la iglesia católica y los focos que ésta maneja, pero la censura interna como representación de los poderes de la sociedad en el escritor queda completamente abolida. Pienso que, por ejemplo, un libro como el de José Agustín *De perfil* o *Cara verde* de Salvador Elizondo son ya producto de esta destrucción de la censura interna que yo veo como una de las características más categóricas del periodo. Lo que había sido hasta ese momento imposible, es decir, la sexualización franca de la literatura

aparece, por ejemplo en la obra de Juan García Ponce. La explicación que daba Juan Villoro de que no se censura el libro porque no se lee, creo que es, por desgracia y por fortuna, cierta. La censura del libro prácticamente no existe en México, entre otras cosas porque la librería es un territorio ajeno para la mayoría de los mexicanos.

Otro punto es, en primer lugar, la presencia muy fuerte de Octavio Paz y de Carlos Fuentes como representantes por antonomasia de lo que sería la vida literaria del país, en segundo, la internacionalización cultural y en tercero, las relaciones del intelectual con el poder. También hay que señalar el desastre de la industria editorial. Con la caída de ésta en Argentina y Chile en los años 70, México se convierte en la primera industria editorial de América Latina. Aunque sigue siendo la más importante, la crisis económica, que comienza en los 80, la está destruyendo y se puede decir que hay una sociedad que aprende del analfabetismo. Era una sociedad que había alcanzado grandes niveles de alfabetización y ahora involuiona. Eso ha dado lugar a que desaparezca la costumbre familiar de leer, que era algo que ya se había conseguido con la educación media y superior. En este momento hay 25 millones de estudiantes entre la educación primaria y el postgrado y, sin embargo, el tiraje de cada libro se ha reducido de tres mil a mil quinientos, lo que lleva a una dependencia casi absoluta de la televisión como satisfactor de primera necesidad. No se atiende con religiosidad a la televisión, fenómeno que sí se dio en los años sesenta. Digamos que se ha secularizado la forma de ver los programas. Pero lo cierto es que no se conciben alternativas y

esto se ha empeorado con la irrupción del videocasete.

El crecimiento del videocasete que se registra en este momento, ha tenido resultados positivos y negativos. Ha contribuido, por ejemplo, a la destrucción de la censura y ha liberalizado las costumbres incluso en lugares muy apartados. Hay un sitio en México, San Miguel Canoa, donde se produjo el linchamiento de unos jóvenes porque se pensaba que eran nefandos. Un cura decidió que eran representantes de Satán y los mataron. En el lugar del linchamiento, ahora hay seis videoclubes, lo que indica que, por lo menos, ese sector de la población ya se secularizó, aunque, de otra parte, la decisión de lo que ve el noventa por ciento de los mexicanos esté en manos de un solo grupo.

También la presencia de lo urbano es totalizadora. Ya no se puede hablar de una cultura campesina. Sigue existiendo, pero no tiene representación. Y en lo cultural, prácticamente depende de la voluntad museográfica del gobierno que ahora está protegiendo las tradiciones. De hecho se puede hablar de una adopción de las tradiciones. El gobierno de la república, así como cada gobierno de un estado o los municipios han tomado la idea de adoptar una tradición. La defienden, la llevan a un lugar, la protegen, se encargan de recordarnos que el 2 de diciembre se celebra el padre muerto. Se hacen concursos del padre muerto, etc. Pero en lo fundamental, ya la mentalidad es totalmente urbana. Y esto desde luego, tiene que ver con la literatura.

No sé si el juego diario entre lo internacional y el localismo tenga que ver con lo postmoderno. Pero está ahí. No

hay personas en este momento más derrotadas que los mexicanos universales que antes eran un símbolo de identidad, casi como un premio, una gran medalla. Se hablaba de un mexicano universal para distinguirlo del resto de los mexicanos que éramos francamente locales. Un Octavio Paz es un mexicano universal, Rufino Tamayo es un mexicano universal. Pero de pronto, y como el propio Paz lo señaló al final de *El laberinto de la soledad*, resulta que ya hay por lo menos veinte millones de mexicanos universales. Y esto da por resultado el que ya no se sepa qué hacer con este país que de pronto ya se universalizó o se volvió local. Las dos cosas vienen a encontrarse.

Por otro lado, el tema de la búsqueda de identidad, aunque no haya pasado de moda porque en este momento van a celebrarse cuatro simposios y cerca de trescientas conferencias al respecto en el país, ya no le importa a nadie porque el gobierno lo volvió plenamente retórico.

También ha cambiado la relación de los lectores. A principios de siglo se leía básicamente poesía. Era un público que consideraba que la poesía era la forma más elevada de la comunicación y formación espiritual. Pero ahora la lectura se relaciona cada vez menos con la formación espiritual. Eso que había sido un *leit motiv* del llamado ciclo interno de la literatura, por desgracia o por fortuna, con el entretenimiento ha ido desapareciendo. Ahora la mayoría de los lectores piensa simplemente que se entretiene con la lectura cuando antes pensaba que se formaba o se realizaba espiritualmente. El último momento de esta creencia serían los años sesenta. Se leía, de pronto, a Onetti, a Lezama Lima, a Aragon, a Borges o la novela del boom

como una entrada a la formación espiritual. Actualmente esto se circunscribe a una minoría. Pero que el público de poesía haya cesado sus funciones no es un fenómeno exclusivo de México sino internacional. Ni siquiera los poetas compran libros de poesía. Los leen si se los regalan. En consecuencia, las editoriales ya no quieren editar poesía, salvo las del estado que lo tienen como una misión. En México, la única excepción notable sería Jaime Sabines, que desde los últimos veinte años vende cinco mil ejemplares al año, lo que resulta verdaderamente asombroso.

Aunque como ya señalé, esta situación no es privativa de México, existe en mi país una concentración monstruosa de los privilegios como nunca. La idea de que alguien pueda ser hijo de sus propias obras es casi inconcebible. Quien sea tiene que ser hijo de alguien, y ser alguien quiere decir ser alguien en un estatuto político y económico. Y estas concentraciones de los privilegios ciertamente no tienen nada que ver con la creación literaria.

Hay un monopolio de las oportunidades y hay una privatización de la cultura. Ya no se puede adquirir una pintura, realizar viajes o incluso comprar libros por su encarecimiento. Para colmo, faltan las bibliotecas públicas que podrían compensar este problema. Incluso las que existen no adquieren libros porque no hay dinero. Los escritores no compran porque no hay dinero y quienes tienen posibilidad de comprar son los que han privatizado la cultura y por supuesto, no son los que compran.

La noción de vanguardia o la existencia de una vanguardia, que fue muy importante en los años sesenta, prácticamente ha

desaparecido o se ha institucionalizado. Ahora, sin que la sustituya todavía de manera completa la idea del mercado, lo cierto es que el hecho de ser vanguardista ni le interesa a las editoriales, ni le interesa demasiado a la mayoría de los autores porque la vanguardia se ha convertido en otro veneno de taquilla, como lo que dijo un escritor que renunció públicamente a ella diciendo en un texto maravilloso: "Al carajo la vanguardia. Lo que yo quiero son lectores". No tuvo lectores, pero sí mandó al carajo a la vanguardia.

Se mencionó tanto en la presentación de José Agustín como en la de Juan Villoro, la presencia de la música. Yo creo que esto habría que subrayarlo. Para las generaciones anteriores, la mía todavía, el cine constituía la segunda gran experiencia formativa. Y de una manera muy complementaria con la literatura, uno iba al cine a verificar visualmente las vivencias de lo literario. Esto se traslada masivamente a la música que se convierte en el territorio cultural por excelencia de las nuevas generaciones. Ello también significa para los escritores que ya poseen la doble formación de literatura y música, una esencialización del gusto literario que tiene mucho que ver con lo que transmiten las letras del rock. Juan Villoro, de su parte, ha sido difusor y traductor de letras de "rock". Marcó en una ocasión la influencia de la poesía del rock en la poesía nueva. Sin embargo, creo que ha vuelto a la idea de la literatura canónica. Pero, la verdad es que sin el rock o cualquier otro tipo de música, ya no se podría concebir el panorama cultural. Pienso que, como en todas partes, la fusión es en este momento lo obsesivo.

Ahora bien, yo diría que el gusto por la música tiene tanto que ver con la adquisición de otra cultura sino de otra sensibilidad, pues existe desde los años sesenta la idea de que la sensibilidad dominante ya no funcionaba pues se sustentaba básicamente en la percepción de la música.

Al mismo tiempo que el nacionalismo cultural está liquidado y por fortuna, se desarrolla como nunca una tendencia a volver a lo nacional, a lo que había en todos los países latinoamericanos. Hay una búsqueda exhaustiva de la historia y una necesidad de encontrar en ésta, más que las claves del presente, las claves del pasado. Esto puede ser muy reiterativo, muy obvio, pero el hecho claro es que toda una generación de historiadores ha desmenuzado lo que ha sido la vida de cada uno de los países latinoamericanos. Me parece que ahora se conoce la historia como nunca, pero ya no desde una perspectiva nacionalista. Aunque persiste el orgullo nacionalista, creo que éste se centra cada vez más en lo prehispánico, a la vez que empieza a despertarse el interés en lo virreinal. Esta es una vuelta que no se esperaba.

Un fenómeno muy notable de estos años es la construcción de una gran mitología femenina de los años veinte. La reaparición o aparición, no sé cómo decirlo, de un grupo de mujeres que, cada una por su cuenta, significó una experiencia límite y que ahora individualmente o en conjunto, se presentan como la escritura de la otra historia. No sé si José Agustín tomará en cuenta esto en su trabajo sobre la contracultura, pero desde luego, yo pienso que descontando a los poetas del modernismo, que hacen caza a los simbolistas y a la bohemia

internacional, y eran a su modo una contracultura, lo más importante cuando se menciona la arqueología de la contracultura es lo que ha pasado para este grupo de mujeres. Frida Kahlo es la figura más notable, incluso en películas japonesas contraculturales (la misma heroína de estas películas aparece todo el tiempo obsesionada con Frida Kahlo hasta tal punto que su pesadilla o el sueño de muchos es de pronto salir a la calle y ver a todas las mujeres con las cejas unidas y vestidas de peruanas.)

El segundo personaje sería Antonieta Rivas Mercado, que en sí misma como creadora no tiene demasiado interés, pero fue un personaje límite de los años veinte. Ella era una mujer de sociedad, un poco a la manera de Victoria Ocampo, sin esa formación cultural, pero con esa actitud. Fue una patrocinadora del arte, creó la sinfónica nacional, organizó un grupo de teatro experimental que puso a Cocteau y Gide en un momento en que eso era impensable en una ciudad como México. Se apasionó por la política, se enamoró de un homosexual; al ser inexplicablemente no correspondida tuvo una gran frustración. También se enamoró de un personaje mesiánico, el escritor José Vasconcelos, ayudó a patrocinarle la campaña, con lo cual gastó su fortuna personal. Finalmente, desesperada, se suicidó en 1930 en la catedral de Notre-Dame de un tiro, en un acto de desafío a ese país que había despreciado a Vasconcelos como candidato a la presidencia de la República.

El tercer personaje es Naui Olin, llamada Carmen Mondragón, nombre indígena que eligió cuando la idea de lo indígena se recapturaba. Nacionalmente es una figura muy original. En ese

momento en que las mujeres en la ciudad de México se ponían cuatro vestidos, ella posaba desnuda. Tenía una vida muy libre, pintaba, se casó con el personaje homosexual de quien se había enamorado Antonieta Rivas Mercado. Tuvo una decepción amorosa, se amistó con el Dr. Atl, un pintor en momentos excelentes, un personaje extravagante y uno de los primeros fascistas reconocidos que hubo en México y finalmente murió como una excéntrica; prácticamente de limosna, vendiendo las fotos de sus desnudos y rodeada de gatos. Y este personaje ahora se ha vuelto mítico. La exposición de su obra tuvo un éxito notable. Ya se está filmando la película sobre su vida, pues tampoco puede haber mitología sin complementariedad cinematográfica.

La otra figura es María Izquierdo, que aparte de ser una mujer que vivía en la bohemia, fue una gran pintora.

Tina Modotti sería otro personaje. Elena Poniatowska la ha recuperado ampliamente en su novela *Tinísima*, pero sobre ella ya existen varias biografías. Modotti era una fotógrafa --una de sus obras alcanzó la suma increíble para una fotografía de ciento sesenta mil dólares en Sotheby's hace dos años-- que empezó siendo estrella muy menor de cine norteamericano y acabó como una estalinista convencida y destruida.

El interés por dichas mujeres, que se caracterizaron por adoptar una postura singular en su época, revela una necesidad de explicarse la vida nacional también a través de la figura femenina, lo que es algo nuevo. Estas mezclaban la singularidad con una vida sexual relativamente libre, lo cual era un escándalo. En el caso de Frida Kahlo, lesbianismo y estalinismo, también estalinismo en el caso de Modotti, sujeción a las grandes

personalidades; tendencia a la autodestrucción en todas, que era una manera de asumir como propio un destino que de cualquier manera les estaba adjudicado. Pero ya autodestruirse significaba un ejercicio de la voluntad.

La existencia de la novela histórica, género constante en la literatura mexicana, constituye el reconocimiento de que podría haber o ha habido personajes interesantes antes o fuera de la televisión. Quizá sea ésta la mayor explicación del arte de la novela histórica. Maximiliano y Carlota serían dos ejemplos muy notorios de gente que no necesitó ser entrevistada en *Prime Time*. Y en la novela histórica hay, en el caso de los recuerdos mexicanos una especie de cumplimiento del deber, pero además una satisfacción que no es ya la vanidad del nacionalismo, sino el orgullo de saber algo del país de donde se es originario, y en donde se vive, que eso sí es una sensación nueva en una época de gran fragmentación del conocimiento. *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso y *Tinísima* de Elena Poniatowska sobre Tina Modotti, son dos novelas históricas que han alcanzado un reconocimiento extraordinario de parte de los lectores.

Se mencionaba aquí el libro de Angeles Mastretta, *Arráncame la vida*, que no sería propiamente una novela histórica, creo, sino una novela de la picaresca. En México uno relaciona la picaresca, seguramente por un prejuicio, con todo lo que tiene que ver con el partido político dominante. En este caso se trata de la picaresca de un cacique menor, casi menor, de su vida sexual y de sus atribuciones feudales que le permiten impunemente deshonorar a las mujeres. Hay una gran literatura picaresca no reconocida: una picaresca sería representada por las memorias de

los políticos y la otra. *Arráncame la vida* sería un ejemplo de la última.

La novela policiaca tiene un éxito relativo. No el "thriller" clásico que sí es muy notable. La cantidad de lectores que hay para autores como Hamilton, Raymond Chandler o los productores de los años treinta ha aumentado, sobre todo debido a la influencia de la industria editorial española.

La novela policiaca producida en México, el "thriller", tiene mucho éxito por varios factores. Primero, es la continuación del realismo socialista. El realismo socialista ya no se puede aplicar, pero no hay novela policiaca que no sea en el fondo realismo socialista. Esta denuncia lo que es obvio, la complicidad de la policía y el hampa; el hecho de que la policía es una rama menor del hampa. O como ahora en México, que el hampa es una rama menor de la policía. Bueno, estoy generalizando.

Pero esta novela policiaca todavía no ha alcanzado su gran nivel. Lo mejor que se ha escrito es obra del dramaturgo de los años treinta Rodolfo Usigli. Este género demuestra más o menos una obviedad: que no hay la menor confianza social en la policía y que, por tanto, la idea de justicia no se aplica a esta novela policiaca, que está escrita desde la sensación de la imposibilidad de justicia y hacia la sensación de un mundo totalmente corrompido, cuyas leyes se escapan porque el único centro es la red de complicidades.

Sería quizá propia de una actitud postmodernista la mezcla libre de alta cultura y cultura popular que se está dando cada vez más. Aunque todavía persiste la tradición antigua de la cultura occidental clásica que en este siglo ha representado

mejor que nadie Alfonso Reyes.

Hay una novela "gay" que empieza en los años setenta. Lo homosexual era la tradición más enterrada y condenada del país, y de América Latina en general. Por la influencia de los movimientos "gay" de Estados Unidos, aparece la temática homosexual en una serie de novelas de calidad desigual cuyo mejor ejemplo sería *El vampiro de la colonia Roma* de Luis Zapata. Es la historia de un prostituto masculino que también tiene que ver con la picaresca. En este caso es una picaresca política y la reacción ante estas novelas demuestra lo mucho que la sociedad avanza en el aspecto de la tolerancia. Luego, también como en todas partes, la tragedia del sida ha interrumpido o aminorado esta corriente, pero la tolerancia es la ganancia esencial, pese a que en muchos momentos no parece existir.

Finalmente, hay otro punto muy relevante. Es la presencia de una perspectiva feminista, entendida de una manera muy amplia y la importancia de la literatura escrita por mujeres. Sergio Pitol diría que él no es misógino, que la realidad es misógina. Sin embargo, la investigación de la misoginia en la realidad se ha vuelto muy importante y esto determina también la aparición de un nuevo tipo de lectoras.

Esto implica que hay que reevaluar la obra de dos creadoras. De un lado, Elena Garro, una escritora muy notable y la mejor dramaturga que ha habido en México, autora de la espléndida novela *Los recuerdos del porvenir*. De otra parte, y más fundamentalmente como un símbolo de la evolución de una escritora, Rosario Castellanos, que empezó muy típicamente como una mujer víctima en el poema "Lamentación del Dido", donde se

presenta desgarrada por la indiferencia, pero que gradualmente va adoptando otra actitud hasta llegar en sus poemas últimos a una muy divertida y muy inteligente visión irónica de lo femenino que ya no es lo femenino desgarrado sino lo femenino presidido por el choteo tanto de la mujer como de las visiones que de la mujer tiene el machismo.

Ahora hay un grupo muy amplio de escritoras: Silvia Molina, María Luisa Puga, Carmen Muñoz, entre las que recuerdo, y sobre todo Angeles Mastretta y Laura Esquivel.

Mastretta, como dije, es autora de una novela de la picaresca por antonomasia, que es la política, y Laura Esquivel que, como Isabel Allende, se benefició tanto de algunas perspectivas del realismo mágico, ha añadido el uso sabio de la gastronomía y ha creado lectores y lectoras en todas partes. En México, la novela ha sido extraordinariamente leída, aunque no particularmente apreciada por la crítica. Pero desde luego, y como reconoció Carlos Fuentes en una carta de felicitación que le envió, es la autora de más éxito internacional de los últimos cincuenta años, que son los últimos en los que ha podido tener éxito internacional un autor mexicano. En menos de un año, Laura Esquivel ha vendido en Estados Unidos casi un millón de ejemplares, una cifra que en México, por el momento, no es fácil de alcanzar. *Los de abajo* de Mariano Azuela se publicó en 1914 y llegó al millón de ejemplares siendo libro de texto en 1980. Y esto yo creo que va a significar mucho. Es muy fácil decir que es una novela "light", una novela que no exige una lectura cuidadosa y que... las cosas que yo diría si no estuviera aquí tratando de justificarme. Pero creo que el fenómeno es muy

complejo y que habla de una necesidad de entender más allá de la descalificación rápida o del homenaje instantáneo.

Finalmente, me parece que en todo este proceso, lo que se destaca es la manera en que lo cultural se filtra o se establece en los periódicos, en la televisión o en las sesiones gubernamentales; la poquísima importancia real en los presupuestos y en las certitudes que se le da a la cultura y el hecho de que, pese a todo, hay ahí una literatura con grandes autores y con un público, que no por disminuido deja de existir, y que finalmente significa mucho de lo mejor que el país tiene y seguramente mucho de lo mejor de lo que el país puede tener.